

Bajo el signo del apoyo mutuo

MO YAN

Cuando se produjo el terremoto de Sichuan el pasado 12 de mayo, yo estaba en un avión rumbo a España. Fuera de la ventanilla, a través de las nubes blancas, podía distinguir las montañas y los ríos de esta vasta tierra. Encendí mi móvil cuando hice escala en Amsterdam y enseguida saltaron a la pantalla una decena de mensajes sobre el seísmo. Lo cierto es que al principio no me los tomé muy en serio, porque los mensajes eran breves y me encontraba fatigado por el viaje.

Era la una de la madrugada cuando aterricé en Barcelona. A medida que el avión bajaba y observábamos las miríadas de luces centelleantes, lo primero que me vino a la mente fue el recuerdo de alguien que vive en esta ciudad: el señor Samaranch. Hace casi una década, cuando Pekín competía con otras ciudades del mundo para ganarse el derecho de organizar los Juegos Olímpicos, una escuela animó a sus alumnos a que escribieran al ex presidente del Comité Olímpico Internacional. El hijo de un amigo mío escribió: «Abuelo Sa, si permite que los Juegos Olímpicos tengan lugar en Pekín, le invitaré a mi casa a comer *jiaozi* [reellenos de carne o verdura enrollados en una delgada y fina masa de arroz]. Los *jiaozi* que hace mi abuela son riquísimos...». Muy pronto, los Juegos Olímpicos se celebrarán al fin en Pekín y todos los chinos están deseando ver en la inauguración a este anciano tan amable.

El director artístico de la ceremonia de apertura es mi amigo, Zhang Yimou. Los dos hemos entablado una profunda amistad a partir del rodaje de *Sorgo Rojo*, basada en una novela mía que se sitúa en la década de los 80. Cuando le encargaron la dirección del evento, emprendí la búsqueda de buenas ideas para la ceremonia. Y cuando creí que había conseguido un proyecto magnífico, el pasado verano, quedé con él para vernos. Zhang Yimou quedó emocionado por mi llamada y cenó conmigo, a pesar de lo ocupado que estaba. Pero cuando le enseñé mi proyecto y se puso a leerlo, se echó a reír. Me señaló que abundaban proyectos similares al mío en la red, y que algunos eran mucho más con-

cretos incluso. Sentí una terrible vergüenza por robarle su tiempo. Ahora que supongo que se están llevando a cabo con intensidad los últimos ensayos para la ceremonia, estoy convencido de que Zhang Yimou mostrará al mundo una inauguración estupenda, por su talento sobresaliente y la locura del trabajo. Es una persona muy capaz a la hora de transformar en inspiración las sugerencias de los demás.

Al mediodía siguiente de mi llegada a Barcelona, mientras hacía entrevistas en la sede de Casa Asia con los medios de comunicación españoles, me di cuenta de lo grave que era lo que había ocurrido en Sichuan. Casi todos los periodistas mencionaron en un tono muy serio el seísmo.

«Cuando apoyas
a otra persona con
tu cuerpo, ella hace
lo mismo. Si la
consuelas con buena
fe y sinceridad, tu
alma se engrandece»

El estudiante que me hacía de intérprete también me informó sobre la situación de la región donde se produjo el terremoto, así como del número de muertos y heridos.

En las dos siguientes conferencias, los presentadores expresaron en primer lugar sus condolencias por las víctimas del terremoto. Las ponencias fueron un éxito y recibieron grandes aplausos, pero tengo la impresión de que no aplaudían lo interesante de mis discursos, sino que daban una muestra de apoyo a China en este año crucial de los Juegos Olímpicos, cuando el país sufre las consecuencias de un terremoto, la polémica sobre el Tibet y las informaciones a menudo sesgadas que de China hacen muchos medios de comunicaciones occidentales.

Aplaudían, sí, a China.

Colgado en la sala de conferencias de Casa Asia había un escudo con el carácter *ren* [que en mandarín significa *persona*]. Lo aproveché para explicar mis ideas al contestar las preguntas del público. Es evidente que el *ren* de Casa Asia ha sido dibujado, no escrito, pues parece algo rígido, como dos palos sostenidos. Cité la letra de la canción de una telenovela popular de hace años, que contiene la siguiente frase: «La estructura del carácter *ren* es la del apoyo mutuo».

No sólo aquellos que sufren en un desastre tienen que apoyarse, también aquellos que viven en paz. No sólo los chinos tenemos que sostenernos los unos a los otros ante este momento crucial, también la gente de todo el mundo. Incluso quienes tienen opiniones políticas divergentes o distintas religiones deben comportarse también unos a otros. Sólo con el apoyo mutuo podemos construir ese espacio mutuo de convivencia. La mayor parte de los supervivientes del terremoto salvaron la vida porque diferentes materiales de construcción se sostuvieron mutuamente, ofreciéndoles el espacio para no quedar atrapados. Muchos otros lograron salir adelante gracias al apoyo de los demás. Cuando apoyas a otra persona con tu cuerpo, ella hace lo mismo con el suyo. Si la consuelas con buena fe y sinceridad, tu alma se engrandece. Sin duda esa persona también te confortará cuando seas tú el que te encuentres ante una catástrofe.

En el último día de mi visita a España, mis amigos me enseñaban en la Estación de Atocha lo ocurrido durante los atentados terroristas de Madrid. De súbito, se escuchó un grito desesperado. Me di la vuelta en seguida y vi a una señora mayor de cabello blanco desplomarse al suelo. A su alrededor, la gente dejó inmediatamente sus maletas y acudió en su ayuda. Me conmovieron sus caras, con una preocupación que se veía que sentían en el corazón. Era como si la que se hubiera caído fuera su propia abuela.

Mo Yan es uno de los escritores chinos más reconocidos. Su última novela publicada en España es *Las Baladas del Ajo* (Kailas Editorial).